

provocó la candidatura a la presidencia de Plutarco Elías Calles impuesta por Álvaro Obregón.

En suma, pues, creo que en *Manuel M. Diéguez y la revolución mexicana* se codean en igualdad de importancia la biografía y la historia, lo individual y lo colectivo, para ofrecernos la ruta vital de un hombre. Creo que con este libro Mario Aldana no se propuso convertir a Manuel M. Diéguez en el único hombre poderoso de la revolución que permaneció indemne a los embates de la pasión por el poder y por eso erigirle un monumento. Desde mi punto de vista, el propósito final es el de ejemplificar con Manuel M. Diéguez la actuación de muchos otros participantes en el movimiento revolucionario que, al igual que él, contribuyeron a generar el poder aglutinante que ejerció a lo largo de varias décadas y que fue disgregándose a medida que fueron verificándose las desilusiones populares respecto de las reivindicaciones sociales y económicas que se les habían prometido.

Las palabras finales de la obra no pueden ser más ilustrativas de esta carrera decepcionante de la revolución mexicana. Después de narrar las peripecias que culminaron con el desvanecimiento *post mortem* de los cargos de traidor y el reconocimiento de los méritos de Manuel M. Diéguez, Mario Aldana llega a la conclusión de que tal reincorporación se debió a la necesidad del Estado de dotar de unidad al movimiento revolucionario, propósito que tuvo buen éxito. De tal suerte, el autor concluye que

la síntesis ideológica impulsada por el Estado mexicano funcionó casi a la perfección y, salvo algunas excepciones, "revolucionarios eran todos" y todos debían recibir

el reconocimiento y los honores que por méritos les correspondían. Atrás quedaban los conflictos de clase, las luchas por el poder entre las elites regionales, los apetitos y las ambiciones personales, las venganzas y las muertes innecesarias, el enriquecimiento y la corrupción de los líderes y caudillos, el empobrecimiento de la población, en fin, esa visión unificadora y glorificante pudo maquillar durante muchos años las profundas contradicciones que dividieron a los revolucionarios.

En resumen, pues, se trata de un esfuerzo que se dirige a hacernos más claro y comprensible el proceso que condujo a este resultado mediante el análisis de los principales personajes y de las circunstancias históricas que los rodearon.

Agustín Vaca  
EL COLEGIO DE JALISCO/INAH

Roberto Montoya Martínez y Luis Antonio García Sepúlveda, *Historia de la radio en Culiacán, Sinaloa*, Impresiones Cosío, Culiacán, Sinaloa, 2006, 218 pp.

La historia de la radio en Culiacán es la historia contemporánea de nuestro país, ambos procesos históricos están entremezclados en una gran cantidad de aspectos de la vida pública, como el desarrollo económico, la evolución social, el embrollo político del partido único que gobernó al país por más de siete décadas continuas y, también la radio ha sido un espejo que en buena medida ha reflejado nuestras manifestaciones culturales. Los autores, Roberto Montoya Martínez y Luis Antonio García Sepúlveda, logran dar cuenta de un largo

proceso desde las primeras transmisiones, en 1934, hasta la aparición de la estación XHCLI (FM), mejor conocida como “La comadre” (1993). La historia que este libro cuenta es una historia fragmentada que comprende una gran cantidad de temas de muy distinta naturaleza. Los autores realizaron una serie de entrevistas con algunos protagonistas clave de la evolución de la radio en Culiacán; entre los que se destacan empresarios, locutores, cronistas, técnicos y líderes sindicales. Los testimonios es la base que permite, al paso de la lectura, revelar los diversos capítulos de la historia de una industria que de manera paulatina ha adquirido una enorme importancia en nuestra vida.

La *Historia de la radio en Culiacán* es un libro rico en su contenido. El recuerdo colectivo describe una gran cantidad de relatos sobre la organización empresarial, los progresos técnicos de la radio, la transformación de la programación, la organización y sus prácticas sindicales, la reciprocidad tan estrecha que ha existido entre la radio y las instancias políticas y, teniendo como marco actual, la polémica Ley de Radio, Televisión y Telecomunicaciones, mejor conocida como Ley Televisa.

Este es un libro hogareño en varios aspectos, no sólo porque en los inicios la radio se escuchaba en familia, sino porque las compañías de la radio crearon la posibilidad de transmitir los lazos familiares entre varias generaciones, tanto en la administración del negocio como en la programación. En realidad en Culiacán, en los primeros años, los empresarios —si es posible llamarles así— entraron a la concesión de las ondas hertzianas más por curiosidad de una nueva actividad que por los altos dividendos que esperaban

recibir. Sin embargo, la compraventa de tiempo aire en las estaciones de radio resultó un negocio altamente productivo. Las casas comerciales se dieron cuenta que si anunciaban sus productos, aunque no de manera automática, podían mejorar sus ventas. De esta manera los vendedores de telas, los abarroteros, las mueblerías, las compañías de cigarros, las empresas de cerveza y muchos otros productos y productores encadenaron sus anuncios con el fin de conseguir nuevos clientes. Por esta razón, aquellos empresarios de la radio, que habían tenido la vocación de explotar un medio con fines alejados al lucro y pensando más en el servicio social, simplemente fueron enterrados por financieros voraces, quienes, como es bien detallado en el libro, han expandido el negocio lo más que han podido. Las pequeñas empresas, que sólo transmitían unas cuantas horas al día, se transformaron en enormes consorcios que agrupan a un sinnúmero de radiodifusoras en todo el país y su zona de influencia no encuentra límite.

En Culiacán, el cuadrante se fue llenando poco a poco, los equipos de transmisión tenían una pequeña potencia de 110 watts y se llegaba a oír a unas cuantas calles de la radiodifusora. Pero esa situación cambió por completo, los equipos fueron modernizándose: en los años cincuenta alcanzaron los 5 000 watts y hasta los 50 000 watts de potencia en los noventa. Con ello el territorio del estado les fue insuficiente. Este es sólo un ejemplo del desarrolló técnico que alcanzó la radio en nuestro país, pues, de hecho, era un aparato que no todas las familias mexicanas podían tener, pero fue el principal medio de entretenimiento por muchas décadas. Algunos radioescuchas, según el libro, recuerdan los “hermosos radios con

gabinetes de maderas preciosas marca Zenith, RCA Víctor y otros”. También se sabe que, en los años cuarenta, Emilio Azcárraga Vidaurreta aprovechó la oportunidad del mercado y vendió aparatos receptores a las familias de escasos recursos, proporcionó a crédito un radio Majestic –los primeros de plástico– por sólo 110 pesos y fue conocido como “El poderoso monarca del aire”. Al desarrollo técnico había que agregar el interés de la educación pública por crear una serie de escuelas de radiotécnico y muchos de los jóvenes de aquellos años encontraron un nuevo mercado laboral y fueron contratados por los empresarios de la radio o establecieron algún pequeño negocio para ofertar el mantenimiento de los nuevos aparatos.

En la *Historia de la radio en Culiacán* se muestra de manera nítida la enorme diferencia con la programación actual, casi la mitad de las horas de transmisión eran dedicadas a la música. Los músicos tuvieron una enorme importancia para consolidar la industria. Las radiodifusoras, en la medida de las posibilidades económicas, producían programas en vivo, con lo cual le imprimían una mayor atracción a la transmisión. Artistas de la talla de Pedro Infante y Lola Beltrán encontraron en las estaciones de radio de Culiacán la oportunidad de convertirse en cantantes de reconocido prestigio. En este ramo también hubo una enorme herencia de talento, como dice uno de los entrevistados: “mi papá era un artista de la legua, es decir, andaba con un grupo de artistas, con Joaquín Pardavé, Amalia Wilerbi que era cómica, Carlos López ‘El Chaflán’”. Los locutores eran otro pilar de esta industria. Por lo que cuentan en sus entrevistas, algunos de ellos entraron a través de un

concurso, otros porque era un medio para obtener un sueldo mientras concluían su carrera universitaria y muchos porque querían convertirse en celebridades y ejercer poder a través de los micrófonos. “Había locutores de primera, segunda y tercera.” Y así se les retribuía. Sin lugar a dudas, la radio les debe mucho de su éxito porque creó un medio de comunicación interactiva, sobre todo entre los amplios sectores sociales. Primero a través de la correspondencia y, mucho tiempo después, a través del teléfono, los locutores lograron que se escucharan voces anónimas, que deseaban mandar un saludo, una felicitación, una declaración de amor o una protesta contra un acto de injusticia. La radio transmitía con un lenguaje popular lo que una sociedad poco letrada necesitaba enterarse para entretenerse y formar una opinión sobre los temas del debate nacional.

Los deportes y las radionovelas fueron dos de los atractivos de una buena parte del tiempo de transmisión. Desde el estadio se narraba para estar al tanto del desarrollo del juego y, mucho tiempo después, fue un apoyo para seguir el encuentro con mayor atención en el estadio. Los cronistas –artistas de las emociones– tenían un papel muy importante en las tiendas deportivas; a través de la magia de sus narraciones hacían ver a miles de espectadores lo que acontecía en el estadio. Creaban tal encantamiento que podían transmitir “un juego de serie mundial que no se celebró”. Los radioescuchas participaban sin estar en las gradas y sin interrumpir sus actividades propias. Todos tenían su lema, como el de Agustín de Valdez: “no le voy a decir lo que pasa en el campo, usted lo va a adivinar por el griterío del público”. Las radionovelas,

ausentes en el libro, tuvieron un éxito rotundo, mantenían a los radioescuchas en una tensión permanente para conocer el desenlace de sus personajes favoritos. La mayoría de la producción centralista (D. F.) alcanzó una difusión casi inimaginable. Por ejemplo, *Kalimán el hombre increíble*, se transmitió por Radio Cadena Nacional, desde 1963, su programación suma 10 000 horas. Luis Manuel Pelayo en la voz de Kalimán y Luis de Alba en la de Solín fueron protagonistas de una enorme cantidad de aventuras. La historia era de un héroe que utilizaba la “violencia blanca” para resolver los peligros y hacía una fuerte propaganda para rechazar el uso de cualquier tipo de arma.

Un capítulo muy importante en el libro es la historia del sindicato de la radio en Culiacán. En la voz de algunos de sus líderes, nos narran la manera en que fue evolucionando la sindicalización, en un sector empresarial que era muy renuente a aceptar la organización de trabajadores y respetar sus derechos y muchos de los operarios no tenían interés por afiliarse al sindicato que llegó a constituirse. Con el tiempo, la organización sindical se fortaleció y se estableció con las radiodifusoras un *contrato ley* para asegurar los derechos de los trabajadores. Aunque, como es bien sabido, la historia del sindicato no se ha caracterizado por su combatividad y mucho menos por su independencia respecto a los dictámenes de las compañías y las instancias de gobierno. Como señala el licenciado Jesús Manuel Viedas Esquerza, la labor sindical ha generado, “por un lado, dirigentes ahogándose en la riqueza y, por otro, trabajadores ahogándose en la pobreza”.

La radio en Culiacán es un medio político poderoso, por el libro nos enteramos

del estrecho vínculo que se estableció entre la gente de la radio y los políticos locales; situación que predomina en otras entidades del país. Los trabajadores de la radio no sólo encontraron una fuente de trabajo, sino que se percataron de que podían escalar en los puestos políticos gracias al poder que les proporcionaba el micrófono. En Culiacán han tenido importantes logros, se convirtieron en funcionarios de Estado, en el ramo de telecomunicaciones y hasta dos gobernadores tienen en su haber, sin contar todos los puestos de mediano alcance. Desde los inicios, la radio hizo política a través de diversos mecanismos, lo mismo organizaba los actos públicos de los candidatos, así como se incorporaba o diseñaban las campañas en apoyo de los futuros gobernantes, se convirtió en un arma para acarrear votos al sistema. En *Historia de la radio en Culiacán* se denuncian hechos importantes de corrupción política, mecanismos que estaban tan acendrados que se veían como parte de las prácticas cotidianas de hacer política. Por esta razón, el libro de Roberto Montoya Martínez y Luis Antonio García Sepúlveda adquiere una relevancia actual muy significativa; es una historia de manipuleo político, malos manejos y fomento del melodrama de nuestros gobernantes, con el fin de beneficiar sólo a unos pocos concesionarios. De hecho, es el colofón de la crónica de la Ley Televisa, la disputa por el espectro radioeléctrico que es propiedad de todos los mexicanos, pero las televisoras se niegan a perder sus privilegios y, por el contrario, pretenden aumentarlos apropiándose de las nuevas tecnologías de la comunicación.

Eduardo Flores Clair  
DEH-INAH